

Roberto Escobar
Universidad de Chile
Departamento de Filosofía

LA UTOPIA COMO CONSTANTE FILOSOFICA EN AMERICA

Introducción

Antes de examinar el cuerpo de pensamiento analítico y material descriptivo que constituyen la producción filosófica de los latinoamericanos, es necesario clarificar los rasgos de lo que realmente constituye una *filosofía americana*. No voy a intentar una *definición* de lo que es *filosofía*, porque creo que no hay definición exhaustiva del filosofar, es decir, quien dice filosofía dice algo a lo cual se puede agregar indefinidamente, sin agotarlo; por otra parte, el enfoque de lo que es filosofar ya está dado a satisfacción, al menos en Heidegger y en Ortega¹, para mencionar sólo dos obras del presente siglo y de filósofos estrechamente conectados con el quehacer intelectual latinoamericano.

La filosofía universal ha recorrido un campo de contenido que ha ido variando de la Grecia Antigua hasta ahora, y la filosofía americana ha recorrido, también, un campo variable desde la instalación de la primera escuela de filosofía de nuestro continente en Michoacán, México, en 1540, hasta el IX Congreso Interamericano de Filosofía en Caracas, Venezuela, en 1977².

Durante los 437 años que comprenden la historia de nuestra filosofía, se han recibido, en desorden cronológico, las influencias de los escritos filosóficos europeos, de tal modo que es un hecho histórico que nuestro desenvolvimiento ha seguido una *ruta intelectual diferente* del filosofar europeo.

Si agregamos a ello las obvias diferencias raciales, lingüísticas, geográficas y sociales con el Viejo Mundo, surge de inmediato la posibilidad de una filosofía propia y yo diría más, la *certeza* de que el acontecer humano del Nuevo Mundo tiene una esencia que sólo podría ser expresada filosóficamente.

Es un error estimar que nuestra filosofía es sólo un conjunto regional

¹ Tanto Heidegger en *¿Qué es esto Filosofía?* y Ortega en *¿Qué es Filosofía?* plantean visiones del filosofar que en principio admitan la posibilidad de una

Filosofía Americana.

² Este trabajo fue presentado a dicho Congreso.

de comentarios a los *grandes* de la filosofía europea, el conjunto de obras americanas contiene nutridas obras de crítica, comentario y exposición didáctica de las escuelas y pensadores europeos y ello ha sido posible porque hay una *plataforma cultural* desde cuya perspectiva nuestros pensadores pueden preocuparse de estudiar y comentar, traducir y discutir, muchas veces refutar e incluso perfeccionar a los europeos. El enorme caudal bibliográfico latinoamericano así lo demuestra.

Sin desear entrar en este asunto en su detalle sólo puedo indicar que en mis investigaciones he podido reunir antecedentes bibliográficos de 152 autores latinoamericanos con más de 800 obras claramente clasificables como filosóficas, incluso con criterio europeo, sin contar un número aún mayor de expresiones de pensamiento social, antropológico y político que también forman parte de nuestra filosofía.

Junto a las obras de erudición, a los textos pedagógicos y las traducciones comentadas, hay también obras sobre el tema de América, obras que presentan el uso constante de la *utopía* como medio descriptivo.

Análisis, método y contenido

Una filosofía —en la medida de que es compromiso con la verdad y búsqueda de las esencias de la vida y la realidad circundante, y que el pensar filosóficamente significa asumir por cuenta propia los valores fundamentales de la existencia— puede ser considerada separadamente por su método y por su contenido.

El análisis del método empleado en las obras americanas nos remite necesariamente a la comparación con los métodos utilizados en Europa, y se corre el peligro de identificar el trabajo de nuestros pensadores con determinadas escuelas tendiendo a justificar su quehacer por la mayor o menor simpatía que demuestran con autores de reconocido prestigio filosófico. Este camino sólo conduce a establecer una *historia* de nuestras ideas, y es una receta casi segura de esterilizar todo intento de una filosofía propia.

Este aspecto parece particularmente importante al considerar que América ha sido el único continente que ha podido absorber la filosofía europea. Ni Asia ni África lo han logrado, de lo que sabemos, sólo los latinoamericanos han podido generar una historia de pensamiento filosófico que se aparte de Europa y al mismo tiempo la englobe. Ninguna historia de la Filosofía escrita por europeos da cabida alguna a los americanos, pareciera que para ellos nosotros no existimos en este

quehacer; lo que no es fruto de la ignorancia sino que proviene de un enfoque, según el cual, nuestro continente sólo puede ser comprendido por los europeos a través de utopías.

El análisis de contenido de las obras que nos ocupan, por el contrario, ofrece un campo más rico, pero más difícil de abordar porque los aportes creativos que los americanos ofrecen al pensar universal, están disfrazados, a menudo, en obras escritas *à propos* de un autor o de un concepto europeo, o bien están contenidas en planteamientos utópicos utilizados en la novelística y en la legislación.

La dificultad de análisis que se presenta no invalida de manera alguna la legitimidad de los contenidos y debemos tener presente que al hablar de América latina como un conjunto pensante, con una filosofía que pudiera ser común a todos, estamos abordando un campo intelectual y humano tan variado, que cabe pensar en sus posibles subdivisiones y sería necesario establecer la relación interna que pudiera desembocar en un pensamiento esencial, participado y participante.

Sociología y Antropología Filosóficas

De aquí que, al abordar el análisis, la aplicación de una sociología del pensar filosófico y de una antropología americana, unidas a la historia de nuestras ideas, vendrían a dar la visión completa de nuestra esencia.

Los materiales para dicha sociología son de carácter utópico, son los *tipos ideales* creados por la novela de costumbres, son los paisajes *típicos* extraídos como testimonios por los pintores americanos, son las formas geográficas y humanas que inspiran la escultura en nuestro continente.

Al establecer una antropología americana deben incorporarse en toda su riqueza los valores y los símbolos míticos, que encierran, ciertamente, testimonios irracionales pero legítimos de nuestro pasado y de nuestras esencias.

No se trata aquí de identificar la mitología sólo con culturas indígenas, creo que las mitologías de los pueblos americanos han nacido del enorme esfuerzo que significa simplemente *existir*, en una geografía abrumadora y nada fácil para el hombre.

En esta forma vemos que el método de análisis de obras americanas debe incluir conclusiones históricas y contenidos de utopías míticas. Tipologías ideales y sistemas de valores que, generalmente, están establecidos en estructuras jurídicas, ya sea como sistemas legales formales o

como proyectos de constituciones, planes de gobierno u otras múltiples formas.

Cronología

Para examinar las numerosas obras filosóficas latinoamericanas, se les puede agrupar en una serie de períodos cronológicos, como sigue:

- a) *Escolástica americana*: Desde la iniciación de la enseñanza filosófica en nuestro continente en 1540 hasta 1750, fecha de la laicización de las universidades, durante el cual la única enseñanza oficial fue la escolástica evolucionada hacia una filosofía social y jurídica con la intervención de Vitoria, Cayetano y Suárez en España y de Alonso de la Vera Cruz, Juan de Zumarraga y Bartolomé de las Casas en América y los eruditos comentarios de Alonso Briceño, Miguel de Viñas y otros.
- b) *Ilustración americana*: La creciente influencia de los pensadores franceses e ingleses, aunque no los alemanes, en los países americanos, determina un vuelco hacia conceptos liberales y enciclopedistas entre mediados del siglo XVIII y 1830, fecha en la cual la mayoría de los países americanos habían alcanzado ya su independencia. Durante este período se fortalecen núcleos de pensadores de Venezuela, Chile y Argentina: Bello, Rodríguez, Egaña, Sarmiento, Alberdi, López y otros. Típicos de este período son las constituciones de los países americanos y los planes y textos de enseñanza.
- c) *Pragmatismo social*: Este período se puede circunscribir entre los años 1830 y 1870; corresponde al crecimiento del sentido romántico de los países americanos, la preocupación por traducir y conocer a Fouerrier y Saint-Simón, Cousin, Stuart Mill y otros, se inician los trabajos críticos sobre Hegel, Leibniz y se discuten los principios de la igualdad política y social.

Pensadores típicos de esta época son Abásolo y Lastarria de Chile, José María Luis Mora de México y otros.

- d) *Positivismo americano*: Pocas doctrinas han tenido más influencia en América como la del positivismo de Comte y de Spencer; la vida social, científica y pedagógica en América se configuran en torno a los ideales positivistas. Barreda y Contreras en México, Letelier y Lagarrigue en Chile, Ingenieros en Argentina son los principales expositores y ejecutores de las ideas positivistas. Termina este período con la primera guerra mundial.

e) *El antipositivismo*: La evolución intelectual y científica de los países americanos se sentía estrangulada por el fardo positivo y a la vez detectaba un singular fortalecimiento de la filosofía europea de la cual nuestro continente no tomaba parte. En los años entre 1910 y 1920 se levantan iniciativas intelectuales que adquieren un singular vigor y que en el período que dura hasta el término de la segunda guerra mundial se ocupa de difundir los valores del pensamiento filosófico europeo. Bergson, Nietzsche, Guyau, Boutroux, Descartes, son difundidos y estudiados, hay una renovada corriente de tomismo y se favorece un activo intercambio cultural con Europa.

Los filósofos americanos que realizan esta tarea son: Vasconcelos y Caso en México, Molina y Finlayson en Chile, Korn, Bunge y Romero en Argentina; Rodó en Uruguay. El antipositivismo dura todo el período entre las dos guerras mundiales.

f) *Período ecléctico-contemporáneo*: A partir de 1950, una vez normalizado el mundo occidental después de la segunda guerra mundial, la actividad filosófica se expande en el continente alcanzando el vigor y creatividad que culminan en este Congreso.

En este punto estoy rodeado de árboles, no sé de qué tamaño es el bosque, por lo cual dar nombres no cumpliría aquí con un propósito descriptivo, sólo baste señalar que el existencialismo, la fenomenología, los conceptos antropológicos y analíticos, han adquirido en nuestro continente un alto nivel de pulimiento y eficacia. A este período corresponden numerosas publicaciones periódicas, los Congresos y reuniones, la organización de las sociedades filosóficas y en general la ubicación de la actividad filosófica dentro de la estructura social.

Desde 1950 en adelante, el tema de América ha sido abordado entre otros por Zea, Larroyo y Villegas en México; Mayz y Rangel en Venezuela; Insúa Rodríguez en Ecuador; Salazar Bondy, Wagner de Reyna y Pérez Reinoso en Perú; Schwartzmann, Echeverría y Oyarzún en Chile; Frondizzi y Zuleta en Argentina y muchos otros que la brevedad de este trabajo impide mencionar.

Las utopías americanas

Para encontrar las fórmulas utópicas en nuestra filosofía conviene precisar los rasgos que consideramos propios de un sistema utópico. Una utopía es por definición inalcanzable, está constituida por modelos o

tipos de ideales que tienen entre sí una interacción lógica, sean éstas racionales o puramente afectivas; en todo caso, la interacción de los seres utópicos corresponde al concepto generalizado de lo esencial de la psicología de un pueblo.

De este modo un sistema de pensamiento filosófico se puede vincular con una realidad psicofísica por la presencia de valores utópicos que presten una lógica de procedimientos a la interacción social, intelectual, científica, artística y moral.

El ser del hombre requiere la integración de lo que ha sido a lo que es y a lo que va a ser; la prueba de la existencia es la supervivencia a través del tiempo, y se pueden encontrar diferentes orientaciones filosóficas en la medida de que se concede mayor o menor importancia a cada estado del tiempo.

Si el pasado es lo más importante, encontramos filosofías conservadoras e historicistas; si lo principal es el presente, se tiende a denunciar toda trascendencia, a confiar en el testimonio sensorial y conceder preferencia a los problemas pragmáticos del bienestar social. Si lo más importante es el futuro, estamos en el reino de la utopía.

En Europa casi todas las escuelas filosóficas se han formado en torno a combinaciones de estas tres posiciones extremas y eso nos lleva a pensar que un buen sistema filosófico les debe dar cabida en algún grado, pues se tienen ciertas sospechas de las utopías puras, parece haber más seguridad en el pragmatismo y pensamos que el estudio del pasado es una actividad honorable.

Sin embargo, el equilibrio entre los estadios temporales sólo ofrece dos caminos: la proyección de un pasado importante hacia un futuro, a través de un presente que sea adecuado como puente solamente, o bien dejar atrás el pasado y usar el futuro como un nuevo principio para un futuro mejor.

La ocupación de América por los europeos presentó esta disyuntiva con mucha fuerza. Europa siempre ha sentido el peso de su propia decadencia, de su trayectoria desde el mundo intelectual de los griegos y la civilización romana, a través de la impresionante fuerza espiritual de la Edad Media, derecho al descubrimiento del Nuevo Mundo, en una coyuntura en la cual todo el pasado se estaba desarticulando.

Los pueblos de América se formaron como seres que estaban desconectados de Europa y pertenecían a su propia ideología precolombina, o bien eran inmigrantes que dejaban Europa para hacer en América un nuevo principio hacia un futuro mejor.

En esta forma, desde un principio los pensadores americanos debieron hacerse cargo de dos problemas: recibir y conservar la tradición filosófica europea cuestionada por el modernismo y, por otra parte, desarrollar una ideología que sirviera para crear una sociedad *nueva*. Esto explica, en parte, porqué algunos países de América son progresistas y otros son tradicionales y atemporales; pero en todos los casos hay un sentido claro de un ideal futuro que alcanzar y el sacrificio del presente y del pasado para lograr un futuro mejor es un tema permanente entre nuestros pensadores.

Esta lucha entre la aceptación y el rechazo del pasado y del futuro ha sido presentada por Schwartzmann³, por Echeverría⁴, por Zea⁵ y por Mayz⁶ entre otros, y es esa brecha entre el presente y el futuro lo que hace más patente la presencia de utopías.

Entre los problemas que afrontan este análisis está el de la falta de continuidad: pasado-presente-futuro, que cuestiona la existencia misma, la que tiende a desaparecer, y los latinoamericanos debieran considerarse como *nada* o que como *aquello-que-aún-puede-ser*; como esto es obviamente absurdo, debemos concluir que debe haber otra forma verdadera para entender el concepto del presente permanente, desconectado del pasado y *deseando* un futuro sin proveer los medios para proyectarlo.

Una existencia dominada, no por la supervivencia a través del *tiempo*, sino que justificada por el *deseo*.

Ante esto, la esencia del latinoamericano ya no puede ser definida simplemente como el *quod quid erat esse* sino que más bien como el centro del deseo individual, en que cada individuo integra sus fantasías íntimas y sus deseos, en una dirección para su comportamiento, se hace

³ Schwartzmann: *El sentido de lo humano en América*.

⁴ El problema del tiempo en la teoría del Arte ha sido planteado por José Echeverría, en forma tal, que es admisible integrar su visión a Vasconcelos, Deustua y Rougés, en el ensayo *Tiempo y Arte*, aparecido en la Revista "Diálogos" en San Juan, Puerto Rico en 1967.

⁵ Uno de los filósofos que más se ha preocupado del tema de la filosofía en América es Leopoldo Zea, entre cuyos escritos está el concepto de la utopía

tal como lo describe en *Pensamiento Latinoamericano*.

⁶ El ensayo *El problema de América* de Mayz Valenilla expone con precisa claridad la noción de la *expectativa* en la base de la actitud americana y como el medio para explicar la escisión entre presente y futuro. En general, se puede establecer una visión de atemporalidad latina planteada por Vasconcelos, Deustua, Rougés y Echeverría y una visión de ahistoricidad propuesta por O'Gorman, Zea, Larroyo y Mayz Valenilla.

expectante⁷, un observador pasivo de las fuerzas externas que aparecen hacia el futuro para conducirlo progresivamente hacia arriba.

Lo anterior no significa en modo alguno una falta de voluntad, los pueblos latinos demuestran, a veces, una tenacidad y un propósito extraordinarios, pero me refiero a las "fantasías íntimas" al mundo que pertenece al individuo y que da a cada latino, hombre o mujer, la certeza de que todo lo externo gira a su alrededor y que sus motivos personales son claramente entendidos por todos.

El sistema de integración social de todos estos mundos individuales va construyendo una *utopía colectiva* que aparece como lo típicamente latino.

Ya en el origen mismo del descubrimiento de nuestro continente se originaron las utopías para explicar lo que los europeos vieron al margen de la historia: el "buen salvaje"; la "fuente de la eterna juventud", o sea, el término de la supervivencia en el tiempo y el eterno presente; la "leyenda de El Dorado" para satisfacer de una vez las fantasías íntimas de quienes veían en América el término del esfuerzo, el trabajo y la pobreza.

Posteriormente vendrán los conceptos utópicos de Bolívar, Rodríguez, Egaña, pensando en sistemas políticos americanos, y la utopía va señalando, por su tipificación ideal, la esencia de nuestra latinidad.

Se puede sostener que la separación del pasado y el futuro del presente es un rasgo común a toda la humanidad y que todo ser humano tiene "fantasías íntimas" sobre el futuro; eso es verdad, pero el interés filosófico aparece cuando estas fantasías íntimas individuales se sistematizan en actitudes sociales, en sistemas de valores, etc.

Un ejemplo simple permite clarificar esto: el juego de azar, en especial la lotería, es un sistema utópico, dirigido por el deseo de un futuro diferente. En algunos países, como los latinos, es una diversión institucionalizada y a menudo dirigida por los gobiernos; en otros países es considerado inmoral y corrupto, porque produciría ganancia sin esfuerzo, es decir sin merecimiento.

El contenido utópico en la filosofía latinoamericana se puede encontrar en la mayor parte de las obras filosóficas creativas y en especial en aquellas que abordan un tema de América y los problemas sociales y

⁷ Sobre la posición *expectante* del Americano, como diferenciada de la *resignación* y de la simple *esperanza*, ver de

Mayz Valenilla *El problema de América*.

políticos. Cabe preguntarse de qué naturaleza y con qué finalidad se plantean estas utopías y también, cuál es el fundamento o la naturaleza de nuestro filosofar que pudiera significar que el pensar utópico es característico y propio de los pensadores americanos.

En torno al tema de América se pueden encontrar al menos cuatro clases de utopías:

1. *Utopía social*: Un problema permanente, en la vida de América, es la solución adecuada a la ocupación del territorio, a las relaciones entre los pueblos y a la constitución de sistemas políticos que estén concebidos en orden al bien y a la justicia. Ya a principios del siglo XIX se observa la preocupación por hermanar la realidad de la sociedad colonial, madura ya para su independencia con los pensamientos de la ilustración francesa y los pragmáticos ingleses, en el afán de adoptar los conceptos de libertad política y respeto a la individualidad en el orden social eminentemente comunitario del nuevo mundo.

Esta posición fue sustentada entre otras, por Gamarra y Mora (de México), Egaña (de Chile), Sarmiento, Alberdi y López (de Argentina), Bello y Rodríguez (de Venezuela) y otros. Fruto del trabajo de estos pensadores surgen los principios jurídicos, las primeras constituciones y planes de enseñanza.

2. *Utopía religiosa*: A partir de mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII la enseñanza de la filosofía en nuestro continente se mantuvo dentro de la interpretación escolástica de las jerarquías del universo y de la posición del ser humano frente a la naturaleza americana.

Con la sola excepción de México, que mantuvo un cierto contacto con la filosofía europea, el resto del nuevo mundo siguió mirando por el prisma aristotélico-tomista con sus variantes suarecistas y escolásticas, elaborando en muchos casos explicaciones utópicas respecto a explicaciones teológicas que rechazaban toda comprobación científica empírica de la naturaleza.

Dentro de los trabajos más notables están los de Fray Alonso de la Vera Cruz y Bartolomé de las Casas, a quienes debe América la conservación de las culturas indígenas y un vasto plan de cristianización que configura —al fusionarse con las utopías míticas— la base misma de nuestra cultura o ideología.

Un caso especial lo constituye la más pura de las utopías religiosas

presentada como la doctrina del milenarismo, por Lacunza de Chile, cuya obra "La venida del Mesías en gloria y majestad" tuvo y sigue teniendo un hondo significado para muchos latinoamericanos.

3. *Utopía mítica*: Todo mito es una forma de tipificación de fenómenos generales en símbolos o figuras individuales, de tal manera, que los mitos de nuestra América desarrollados como una primera interpretación del cosmos circundante, fueron explicaciones utópicas que en algunos casos llegaron a formular sistemas de explicación tanto naturales como sobrenaturales de considerable sofisticación. Ejemplos de estos sistemas míticos son el Popol-Vuh de Centroamérica y los mitos de Viracocha en la meseta andina.

Dado el gran número de personas que conservan la cultura y el idioma aborígen, habría que conceder la vigencia de influencia de estas utopías míticas en la visión atemporal de la existencia que se expresa en el fatalismo, la visión no integrada del tiempo y en la ausencia de un sentido inmediato de la muerte.

Como es obvio, nuestros pensadores han querido presentar la realidad americana dentro de los sistemas y métodos europeos, cumpliendo con cierta utopía intelectual y rara vez se refieren directamente a los mitos en sí.

Sin embargo, se pueden identificar en esta corriente la teoría de la "Raza cósmica" de Vasconcelos y en la concepción estética que corre por cauces paralelos en Deustua, del Perú, Rougés de Argentina y Echeverría de Chile, quienes en sus apreciaciones temporales sobre el arte coinciden y, a mí parecer, forman con Vasconcelos un sistema de estética americana, cuya característica proviene precisamente de la atemporalidad mítica que caracteriza el sentir americano. En otro plano aparecen el uso de la utopía mítica como forma literaria en Rodó y en menor grado por Hostos.

4. *Utopía intelectual*: Junto con la independencia de los países americanos se plantea un nuevo descubrimiento, la filosofía europea es conocida y recorrida por los americanos. Ocurrido esto de modo y en oportunidad tal, que no se siguió el orden cronológico, los americanos conocieron aisladamente a los pensadores del idealismo alemán, a los filósofos del romanticismo, a los racionalistas modernos y los pensadores sociales franceses.

Sorprende la preocupación de nuestros filósofos por determinados autores europeos, que conduce a verdaderas proezas de erudición, crítica y comentarios, sin haber hermanado conscientemente la elabo-

ración intelectual europea con la realidad psicofísica de América. El comentario filosófico, ejercido en un país respecto de los pensadores de ese mismo país y con un idioma común, son en realidad las proyecciones, las prolongaciones de la obra misma que avanzan buscando el camino para cerrar un nuevo eslabón en el continuo histórico de la filosofía europea. Si ponemos un océano de por medio, un idioma diferente, un tiempo histórico diferente, la crítica filosófica opera a un nivel utópico; los comentarios de uno de nuestros filósofos sobre obras escritas en Europa hace uno o dos siglos no podrán ser nunca la prolongación del pensamiento original, sino que constituyen valores aislados dentro de una trama de erudición americana cuya proyección inmediata y su principal interés es la difusión pedagógica de las ideas europeas.

La difusión aludida crea entre nosotros un mundo ideal del pensamiento que permanece necesariamente aislado de las necesidades más inmediatas del pensamiento social y que configuran una enorme fuerza cultural que requiere, a mi juicio, de una sistematización comprensiva que elabore los puentes entre un mundo utópico de la erudición con la búsqueda de las esencias de nuestro ser americano.

Conclusiones

La brevedad de este trabajo me impide citar los pasajes de las obras americanas que manifiestan las distintas clases de utopías que he planteado, pero lo que interesa no es el que muchas personas se hayan explicado utópicamente, sino que el hecho de que la esencia americana no puede ser expresada sin utopismo. La realidad del ser humano, expresada en términos de una visión objetiva de la naturaleza, cuando más puede constituir una epistemología y para remontar una visión metafísica debemos abandonar la lógica deductiva, la visión de América no ha sido aún planteada en términos metafísicos y talvez no lo sea nunca, porque, a diferencia de Europa, la relación entre el ser humano y la naturaleza no es la de un observador objetivo con dominio científico, sino la de un ser existente dentro de dicha naturaleza y cuya supervivencia está planteada en términos de una coexistencia con ella y sin posibilidad de ejercer el mismo grado de dominio científico que caracteriza a Europa en el Mundo.

No se trata de una inferioridad intelectual o una falta de recursos materiales para la ciencia, se trata de las características del continente

Europeo y del trasfondo mítico del viejo mundo comparado con la potente realidad geográfica de América y la vivencia mítica mucho más inmediata en nuestro caso.

América hay que inventarla para encontrarla y hasta ahora el único camino que se ha ofrecido a nuestros pensadores es el de la utopía en sus diversas formas y con sus diversos temas.